

co! Diga solamente que sí o que no...» «¿Y no lo saben...?» «Pero usted lo debe decir, que para eso le preguntan.» Y entonces el muchacho, molesto ya por la remolonería de ella y por la insistencia del otro, se le encaró y le dijo: «Mire, señor juez, ésta y yo tenemos tres hijos... ¡Usted dirá si le parece que eso es prueba de voluntad de ella para mí!»

GER.—Yo creo que el Juegado se convencería.

BAR.—Es de suponer... pero si el juez era gallego también, aún puede que pidiera que se lo aclararan un poco más.

GER.—Quizás. ¡Buenos sois cuando no os dá la gana de entender!

BAR.—Regulares!

ESCENA VIII

Dichos. PANDURIÑO, de la Catedral

PAND.—(De capa y con una caja-estuche.)—Gerardo...

BAR.—¡Mira quién! Panduriño, Panduriño.

¿Vienes del Sil o del Miño?

PAND.—Vengo de casa. Estuve aguardando toda la noche para no molestar llamándote en el

Casino, pero ahora me dijo Madeira que venías aquí con éstos, y como ya pronto es mi hora de clínica, pues aquí me tienes entrando por una puerta y saliendo por otra hasta dar contigo para arrodillarme ante tí, besar tus manos y suplicarte que le digas a tu señor padre que beso humildemente las suyas de gratitud y de alegría.

GER.—(Impidiéndole la acción.)—Noseas chiquillo...

PAND.—De gratitud... y de... y de... ¿comprendes. Gerardo? De... de... vamos, tú ya comprendes.

GER.—Sí, hombre, sí. Bueno, que... ¿te ha gustado?

PAND.—(Riendo.)—¡Qué bromista, qué bromista... (Enterneciéndose.)—¡Qué bromista, Dios mío! Aún pregunta si me gustó un instrumental de cirugía, todo en acero... y en... y en acero... con no sé cuantas piezas... completo, completísimo... y que habrá costado... ¡yo no sé lo que habrá costado!... miles de pesetas... miles de duros... ¡yo no sé!... una fortuna... ¡y que es una maravilla! ¡Una maravilla! Os lo voy a enseñar.

GER.—(Deteniéndole.)—Ya lo veremos en casa.

PAND.—Donde quieras. Cuando vi el paquete

sobre la cama me figuré que sería un cariñito de la vieja, que siempre manda castañitas... o nueces... o peros de conserva... pero al ver tu tarjeta, abrir la caja y encontrarme... ¡sí, sí, castañitas! con esta magnificencia, de la que no soy digno, empezaron a bailar un vals los martillos, los cincetes, las sondas, los... las... todos, todos... y yo me quedé... me quedé... ¿comprendes, Gerardo? yo me quedé...

GER.—Sí, comprendo, sí.

PAND.—Vamos, me quedé de una pieza.

GER.—Una más... en el instrumental.

PAND.—(Riendo.)—Eso es... eso es... pero desluciéndolo, porque esto es una preciosidad. Os lo voy a enseñar.

GER.—No, Panduriño, no.

PAND.—Como quieras. Bien. Cuando pude reponerme un poco me tomé la libertad de entrar en tu cuarto, y allí le escribí a la vieja una carta muy larga dándole el noticia. Anoche no estudié nada... ¡claro no podía!... pero es muy gracioso porque feché la carta en tu propia habitación. «Casa de la Troya, 2 de Febrero, en el cuarto de Gerardo Roquer.» Verás, te la voy a enseñar.

GER.—Si no lo pongo en duda...

PAND.—Es únicamente por el gusto de que veas eso.

GER.—Bueno, dámela...

PAND.—(Entregándole la caja.)—Haz favor, Augusto... (A Gerardo.)—Toma... (A Augusto, recogiendo la caja.)—Gracias.

GER.—(Leyendo.)—Glándulas sinoviales. Lección 21...

PAND.—¡Ay, perdona, perdona! No sé dónde tengo la cabeza!

BAR.—Ahí.

PAND.—Haz favor, Augusto... (A Barcala que se adelanta.)—No; que eres un loco y la vas a dejar caer.

BAR.—¡Ni que fuera de mantequilla!

PAND.—Pero se puede abollar el estuche, que es magnífico. Yo no sé... de cedro... puede que sea de cedro... o de palo santo... puede que sea de palo santo... yo no sé, pero es magnífico. Os lo voy a enseñar.

AUG.—Este no se va sin enseñarnos algo.

GER.—No es ocasión ahora.

PAND.—Como tú quieras.

GER.—Y conste que si tienes una alegría al recibirlo yo tengo otra, quizás tan grande como la tuya, al poderte dar esa muestra de mi afecto... y de mi admiración por ti.

PAND.—¿De tu admiración? Búrlate, bueno, búrlate... pero yo te garantizo que si hubieras estado anoche junto a mí en el momento de abrir el estuche... o si estuvieras mañana al lado de la vieja en el momento de leerle mi carta el señor cura, no te burlarías, no. ¡Y es lástima que no estés, Gerardo, porque el corazón se echa pocas veces a la calle para que lo vean los demás!

GER.—Eres admirable, Panduriño. Y no lo sospechas siquiera. Más admirable todavía. Anda a tus clases, anda.

PAND.—Voy, sí. Oye una cosa, tú. ¿No te parece mal que lleve a clase el estuche? Es por no separarme tan pronto, ¿sabes?

GER.—Haz lo que te dé la gana.

PAND.—Pues otra vez muchas gracias, Gerardo. Y que Dios te lo pague. Dios ¿eh? Yo no sé de nadie más que pueda corresponder en la cabal medida a un favor así...

GER.—Anda, vete...

PAND.—Dios, ¿eh?... Dios, nada más que Dios.

(Mutis Panduriño por foro.)

ESCENA X

Dichos, menos PANDURIÑO

GER.—Si algo hice por este hombre, ya voy pagado con creces.

AUG.—Atención, tú. El encantíño. Y a ver si aprovechas.

GER.—¡Ahora, imposible! Vendrá con el padre...

BAR.—Eso te lo arreglaremos nosotros. ¿Para qué estoy yo en el mundo sino para arreglar todo lo que no sea mío?

GER.—No podrás...

AUG.—Calla; a saludar muy finos...

ESCENA XI

Dichos, DON LAUREANO y CARMiÑA

BAR.—Don Laureano...

GER.—Señor de Castro...

LAU.—Hola pollería... Ya sé que en el Casino se divertieron ustedes honestamente.

BAR.—No hubo más remedio que extremar la corrección...

GER.—¿A misa, señor de Castro?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

LAU.—¿Y usted también?

GER.—Sí señor.

AUG.—Aún no ha tocado el último. ¡Si usted supiera lo que celebro encontrarle, don Laureano.

LAU.—Gracias señor de Armero. Yo lo mismo... pero aclare la razón especial de hoy, si le place.

AUG.—Que este ganso de Barcala.

BAR.—Servidor de usted...

AUG.—Me porfia una cosa en que tengo más razón que los santos, pero como es tan terco no se da a partido jamás.

BAR.—(*Indignadísimo, aunque no sabe por qué todavía.*)—¡Porque la razón es mía!

AUG.—¡Mía!

BAR.—(*Metiéndole los puños en la cara.*)—¡Mía, acebuchel!

AUG.—¡Mía, ganso.

LAU.—No se alteren de ese modo, señores, no se alteren.

AUG.—¡Es que hace falta una paciencia para discutir con éste! Pero acábase la pelea. Yo someto la cuestión a don Laureano.

BAR.—Yo también. Reconozco su autoridad y su competencia.

LAU.—Estimo la cortesía, la estimo, y acepto en lo que mi pobre experiencia les sirva. Veamos el punto en litigio.

AUG.—Dice éste que en Montejurra estuvo el general Córdoba.

BAR.—(*Indignándose súbitamente.*)—Eso digo. ¡Córdoba! ¡Córdoba! ¡Córdoba! Y este café dice que... que...

AUG.—(*Rápido y comprendiendo que Barcala no tiene idea ni remota de lo que se habla.*)

—Qué fué Moriones.

BAR.—¿Moriones? ¡Te daba así de Moriones, hombre!

LAU.—Apacigüense, apacigüense... Los dos tienen razón.

AUG.—(*Cogiendo de un brazo a don Laureano.*)—¿Los dos? ¡Imposible!

LAU.—Es que hubo diversas batallas de ese nombre y ocurridas en ese mismo sitio. La del 35 la del 73 y la del 76.

BAR.—(*Cogiendo del otro brazo a Don Laureano y llevandoselo así entre ambos.*)—Yo creía que no era más que una.

LAU.—Error de usted, amigo Barcala, error. Entra en la Catedral, Carmiña, que ahora voy yo. En aquellos montes famosos y gloriosos para la causa se celebraron varios encuentros...

(*Sigue hablando y marchando; los otros le acosan demostrando un vivísimo interés. Mutis los tres por el foro.*)

ESCENA XII

CARMIÑA, GERARDO y LA GALANA.

GER.—(*Siguiéndola: a media voz.*)—Carmiña... Carmiña... Carmen...

CAR.—(*Siguiendo su camino.*)—Dispense usted, Gerardo...

GER.—¡Una palabra, Carmiña!

CAR.—Ahora no puede ser...

(*Queriendo levantar el cortinón, pero La Galana lo tiene sujeto como sin darse cuenta, en tanto que se dirige a los señores que marchan.*)

GAL.—Una limosna por las ánimas benditas del Purgatorio...

GER.—¡Carmen, por caridad!

CAR.—No insista usted más. Se lo suplico.

(*Y como mira a Gerardo para responderle, aún sigue intentando levantar el cortinón, creyendo que*

es torpeza y no una causa ajena la que lo impide.)

GER.—Pero óigame un minuto, aunque sea para rechazarme...

CAR.—(*Soltando el cortinón.*)—Pues ya lo sabe y ya se lo he dicho. No puede ser, Gerardo, no puede ser.

GER.—¿Por qué? ¿Por qué no puede ser un amor leal entre dos personas honradas?

CAR.—(*Avanzando un paso hacia él.*)—Mire, Gerardo, yo no me ligo de amor con un estudiantante.

GER.—(*Retrocediendo unos pasos incomodado.*)—¡Eso es un pretexto!

CAR.—(*Avanzando a él.*)—No, una grandísima razón.

GAL.—(*Mirándoles y sonriéndoles.*)—Ya le pagué al señoritiño la peseta del puente Pedriña... (*Y se sienta medio oculta.*)

GER.—Si usted lo dice, será razón, sí.

CAR.—Yo lo digo y usted se va a convencer.

GER.—Lo dudo.

CAR.—¿Está usted delante? Ave de paso, que picotea aquí y allá, y de pronto levanta el vuelo y desaparece. ¿Y para nosotras cuál es la suerte? Seguir la carrera con el novio, encarinarse con

él y padecer juntos las angustias de los exámenes y de las oposiciones, hartándonos de oír misas y de rezar novenas para que Dios le favorezca... ¿y después? Ay, después, en cuanto logran una posición, nos escriben desde lejos diciéndonos: «¡Ahí te quedas, parvulina! Serás un buen recuerdo de la vida de estudiante, pero ahora ya necesito pensar en algo más formal...» ¡No, no! Solo de imaginarme que tal cosa me pueda suceder a mí, como a otras muchas... ¡me dan unas ganas locas de ir a la Universidad y prenderle fuego por los cuatro costados!

GER.—Eso no es una razón, es una injusticia, porque no tiene usted motivo, ni grande ni pequeño, para esas desconfianzas.

CAR.—¿Ni grande ni pequeño?

GER.—Así como suena.

CAR.—Ay, hombre, usted como tranquilo es bien tranquilo. ¿Y aquello de Madrid?

GER.—En primer lugar, aquello fué antes de conocerla a usted, y en segundo lugar, aquello está, no digo olvidado... ¡muerto y en sepulcral

CAR.—Bueno. Admitamos que murió lo de Madrid. ¿Y lo de Santiago? ¿Las cenas?

GER.—¿Y eso...? ¿Quería que no cenara?

CAR.—Ya me comprende de sobra. ¿Y los alborotos callejeros?

GER.—Gana de bulla y de un poco de ruido.

CAR.—¿Y las tumbas de la posada?

GER.—A perrito, Por ahí no viene la ruina.

CAR.—¿Y lo otro? ¿Las modistillas de la rúa de San Pedro?

GER.—¡Eso es una calumnia!

CAR.—¡Pobriño! ¡Cómo lo calumnian!

GER.—Pobriño no, pero mentira lo que cuentan de mí, con ninguna, si, mentira.

CAR.—Es un santo, ¿verdad?

GER.—Un enamorado.

CAR.—O un voluntarioso, que se propuso el reirse de una provinciana.

GER.—¿Qué es preciso hacer para convencerla? ¿Quiere que me mate? Pues dígalo, y me tiro de cabeza desde la torre del reloj.

CAR.—No desatine.

GER.—¿Quiere que tome veneno? ¿Quiere que estudie? Ya ve que no propongo más que soluciones trágicas.

CAR.—Pero esa no está mal. Estudie, que le dará una alegría a su padre.

GER.—¿Y a usted no?

CAR.—Estudie... y cuando el día de mañana sea usted un hombre de provecho, recuerde que una coitadina señorita de pueblo fué su buena amiga y le dió buenos consejos.

GER.—¿Nada más?

CAR.—No son para despreciar...

GER.—(Insinuante.)—¿Nada más?

CAR.—Déjeme ya, Gerardo...

GER.—¿Nada más, Carmiña? ¿Por qué es usted cruel? ¿Por qué no me dice usted, al lado de las palabras de los buenos consejos, alguna palabra también de afecto, de cariño, de esperanza siquiera? ¿Por qué, Carmiña?

CAR.—Porque no creo en usted...

GER.—(Dolido.)—¡Carmen!

CAR.—Entendámonos, para que no se enfurruñe usted... Creo en la inclinación, en el aprecio... sí... quizás sí... pero en la constancia no, en la firmeza no! Y como yo estoy resuelta a no querer más que una vez en la vida, no pongo mis amores en tierra que no sé aún si es muy firme, para no verme obligada mañana a desesperarme por mi candidez... ¡y a salir rabiosa y burlada para prenderle fuego a la Universidad por los cuatro costados!!

GER.—Pues yo tendré esa constancia.

CAR.—Hasta que nos conozcamos bien el uno y el otro, vale más que seamos buenos amigos, que no haya un lazo formal... y doloroso, que nos cohiba... y que nos riamos juntos un poco...

co de los que hablan de amores y de la eternidad del amor desde el primer día que se ven, cuando ellos mismos no saben si el afán que los atrae es una simpatía solamente.

GER.—Me parece muy razonable. Riámonos un poco.

CAR.—(Dándole la mano confiada.)—¿Quiere usted así?

GER.—Quiero. Mas oiga una confesión. Antes con la cara grave, y ahora riéndome, porque usted lo prefiere, yo le juro a usted que la querré siempre.

CAR.—(Riendo.)—No es eso lo prometido.

GER.—Se lo juro a usted, Carmen, por la santa memoria de mi madre.

CAR.—(Desprendiéndose bruscamente y espantada.)—¡No! Ese juro no se lo admito. Es demasiado grande... y yo no puedo consentir que por un capricho, ni aun por una pasión, quede en prenda y mal quedada la memoria sacrosanta de una madre. ¡No, eso no, Gerardo!

GER.—Entonces, por mi palabra ¡leal únicamente. ¿Me quiere usted...?

CAR.—Estudie... Marche a su hora, que ya Junio viene pronto, y para el año, cuando vuelva si no cambió usted el pensamiento... o no se lo prendieron otra vez por aquellos Madriles...

GER.—Nada habrá que lo impida. ¿Quedamos apalabrados para entonces?

CAR.—Ya veremos lo que se le dice si de aquella insiste...

GER.—¿Usted se alegrará de que yo vuelva?

CAR.—¿Y por qué lo voy a sentir? Dano no me hizo nunca...

GER.—Conteste claramente. ¡No sea gallega!

CAR.—Y ¿qué voy a ser? ¿China?

GER.—Conteste a eso nada mas. ¡Se lo suplico!

CAR.—Vamos a ver si se...

GER.—¿Usted se alegrará de que yo vuelva?

CAR.—Alegraré, si...

GER.—(Deteniéndola.)—¿Me da usted promesa de aguardarme?

CAR.—Doy.

GER.—¿Me da esa flor?

CAR.—Doy.

GER.—¿Me da la vida, Carmen!

CAR.—Doy.

GER.—¿Carmen!

CAR.—Adiós, Gerardo.

(Marcha sin prisa y entra en la Catedral, levantando la Galana el cortinón.)

GERARDO, LA GALANA y EUDICIO

GER.—¿Acerté o no, señorito don Roquer?

EUD.—¿Fue predicción tuya?

GAL.—Si señor. Hace ya tiempo que la Galana vió en el aire a los ángeles, que traían una corona blanca para esta novia. ¿Lo ve cómo la traían, lo ve?

GER.—Parece que si...

EUD.—Yo no veo nada de la tierra, que mi madrastra la Naturaleza me robó la luz de los ojos, pero lo del cielo también lo sé comprender y jamás engaña. Délo ya por seguro, noble caballero.

GAL.—Y llévase un capullo que promete bien ser linda rosa.

EUD.—Serálo si Dios quiere, y el amor se gozará de ello. Mis ojos nunca vieron hermosura de moza, ni saben cómo es el color de la carne sonrosada; pero mi ánima aún se estremece si llegan a mis oídos esas palabras misteriosas...

Por este dolor de no ver, dejen una limosna al dolorido, y que Dios les guie en el camino de los fieles y constantes amadores...

GAL.—Amén...

EUD.—Que la Trinidad les acompañe...

GAL.—Amén...

EUD.—Y que el Santo Apóstol siempre sea al abogado de sus buenas causas.

GAL.—Amén, señor Eudvigio.

EUD.—Amén, señora Galana

GER.—Si, hombre, si, tome... y toma tú, que fuiste buena agorera. Siguelo siendo...

(Entra en la Catedral.)

GAL.—¡¡Un duro!! ¡¡Jesús!!

(Se persigna.)

EUD.—Y lo mío no es cobre pordiosero...

GAL.—No. Plata, ¡Una peseta!

EUD.—Por agradecido me tenga el noble caballero y cada cuarto le sea un año de más en la buena vida que disfrute.

GAL.—Y llévase un capullo que promete bien mundo. Lo que pasa es que a los hombres hay que cogerlos en un momento bueno.

EUD.—Y a las mujeres en uno malo. Sabido es el refrán, Galana.

GAL.—Calle, don Sarna, calle...

EUD.—¿Dije falsedad, Galana?

GAL.—Raposo habías de ser en tu envoltura doñido y que Dios te quite en el camino de nadie te notaría la mudanza con lo de hoy...

EUD.—Lería, lería... (ganas de hablar.)

ESCENA XIV

Dichos, sentándose. DON LAUREANO, BARCALA Y AUGUSTO.

GUSTO.

BAR.—Es usted muy amable, don Laureano...

LAU.—Lo que me congratulo es de haberles servido...

BAR.—¡Admirablemente! ¡Esto nos interesaba de un modo enorme!

AUG.—Enorme.

BAR.—(Haciéndose señas a espaldas de don Laureano.)—¡Enormísimo!

LAU.—Lo celebro, lo celebro. Y ahora con su permiso voy a entrar a misa...

AUG.—Y dispénsenos...

LAU.—No hay de qué... (Marcha y los otros se rien del pobre viejo, a quien se la jugaron de puño...)—¡Ah! y muchas gracias, pollo, muchísimas gracias.

BAR.—¿A nosotros?

LAU.—A ustedes, sí, por haberme facilitado la ocasión de que Carmiña hablara con el señor Roquer.

BAR.—¿Eh?

EUD.—¿Leñis, leñis... (Caras de dolor.)
AUG.—¿Eh?

LAU.—Ella me pidió permiso y yo se lo concedí para cuando hubiera una oportunidad que por ustedes fue ahora. Gracias, pollos, muchísimas gracias.

(Entra en la Catedral.)

AUG.—Al rape. ¡Nos lo ha tomado al rape!

BAR.—Con esmero y suavidad nos lo tomó de verdad.

AUG.—Así no tenía prisa el muy ladino para contarnos minuciosamente las batallas del 73 y del 93 y del 3393...

GAL.—El diablo sabe por viejo más que por diablo.

EUD.—También por diablo sabe bastante...

BAR.—En un mes no digo palabra. Me voy a preparar para la procesión d'os cajadiños (de los callados.)

AUG.—Y yo ¿Anda, ya salen?

(Extrañado.)

ESCENA XV

Dichos. DON LAUREANO y CARMINA.

CAR.—¡Venga, papá, venga!

LAU.—Pero hija... ¿por qué no me dejas oír la misa?

ESCENA XVI

CAR.—Porque estoy sin devoción y no le aprovecharía a mi alma.

LAU.—Bueno, entonces... ¿Qué te pasa: muchacha, qué te pasa?

CAR.—¡Que me quiere de veras!

LAU.—(Sonriendo, como de noticia vieja.)—¿Gerardo?

CAR.—¡Si, Gerardo!

LAU.—Eso ya me lo has dicho muchas veces.

CAR.—Como no tengo madre, te lo digo a ti...

¿Te molesta, padre?

LAU.—(Abrazándola.)—¡No, boba, no! Y de-

masiado comprendo que es natural el hablar mucho de lo que constituye un gran recuerdo o

una gran esperanza. Te lo disculpo, hija... y por eso mismo debes tú disculparme a mi cuando te

cuenta alguna vez más de las necesarias lo de Montejurra... ¡Mi gran recuerdo!

CAR.—¡Una acción admirable!

LAU.—Bueno, bueno... Hablemos de ese mozo. ¿Qué te dijo? Vamos a ver... ¿qué te dijo?

CAR.—Que me quiere, que...

LAU.—Y si la intención de usted es...

¿Por qué no ha de ser franco? ¿Qué necesidad...

LAU.—Pero hija... ¿por qué no me dejas oír la misa?

ESCENA XVI

CAR.—Porque estoy sin devoción y no le aprovocharé a mi...

Dichos. GERARDO.

LAU.—Bueno, entonces...

(Gerardo, que dio tiempo para que se alejaran, sale precipitado para no perderles de vista e irla siguiendo, pero al encontrárselos quiere disimular y retrocede hacia la Catedral.)

LAU.—Señor Roquer... Señor Roquer... ¿Nos tiene usted miedo?

GER.—No, señor, no. Al contrario... Pero volví porque se me olvidó una cosa...

LAU.—¿En la Catedral?

GER.—Sí, señor.

LAU.—¿Y qué fue, si no es indiscreto?

GER.—Pues... se me... se me olvidó el oír la misa.

LAU.—Tiene usted razón para volver, si... pero venga acá, venga. Yo quiero lo que Carmina quiera.

CAR.—¡Papá!

GER.—¡Don Laureano!

LAU.—Y si la intención de usted es honrada... ¿por qué no ha de ser franco? ¿Qué necesidad

LAU.—Entonces, francamente... ¿hablamos nosotros para dejes hablar a ellos?

BAR.—¡Tiran con piedra, tül...

AUG.—Ya noto el chichón, ya...

LAU.—Conformes, ¿eh?

GER.—¡Gracias, don Laureano, gracias!

CAR.—¡¡Papá!

EUD.—¡Lo que sabe el abuelo!

GAL.—¡Y claro! Esto de los hombres mozos y de las rapazas tempraneras lo saben muy bien los viejos de cuando fueron jóvenes. Yo también lo sé del tiempo en que me llamaban con razón la Galana.

LAU.—Acompáñenos un poquito si gusta, señor Roquer...

GER.—¡Ya lo creo! ¿Usted lo permite, Carmina?

CAR.—(Dándole las dos manos.) ¿Permitirlo?

LAU.—(Viéndoles embobados, sonríe y se aparta.)—Pollos... pollos... Hay un detalle interesantísimo en la acción del 73...

BAR.—¡No, no! ¡Otra tomadura pelo arriba, no!

AUG.—Ya vamos bien servidos con la anterior.

LAU.—Entonces, francamente... ¿Hablamos nosotros para dejarlos hablar a ellos?

BAR.—Eso sí.

AUG.—(Muy serio.)—¿Qué detalle es?

LAU.—Pues verán...

(Hablan saliendo. Llevándose los del brazo.)

GER.—Esto es quererme, ¿verdad?...

CAR.—Hombre, Gerardo, parecido si es...

(Van saliendo lentamente en grupos. Laureano explicando muy serio y ellos escuchándole muy atentos, y Carmita y Gerardo entusiasmados uno en otro...)

EUD.—¿Vanse...?

GAL.—Van, sí, señor.

EUD.—Que el Apóstol les acompañe... y que

en ellos sus ojos de enamorados no se cansen

nunca de ver los que mis ojos de ciego nunca

vieron...

GAL.—Amén, señor Eudvigio.

EUD.—Amén, señora Galana...

TELÓN

CAPÍTULO CUARTO

Una sala-despacho en el Paso del Faramello con muebles españoles antiguos, cuadros religiosos, retratos de familia y uno de don Carlos, con su clásica boina, en un caballo alazán, cuatralbo, careto... Una chimenea de piedra labrada, con grandes y artísticos morillos. Panoplias, centradas con una boina. Vargueños, velones de bronce y cacharros de Sagardelos. Por las ventanas, más bien anchas que altas, se divisa la huerta con sus castaños y sus nogales. Es de día, en Junio.

ESCENA PRIMERA

CARMITA, de luto, pero con flores que ya lo suavizan, llora silenciosamente en un butacón. Pausa. MONCHA por izquierda.

MON.—(Trayendo una bandeja con tazas y dejándola sobre la mesa.)—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Has tenido algún disgusto con tu marido?

CAR.—¡No, no!

MON.—¿Y entonces por qué lloras?